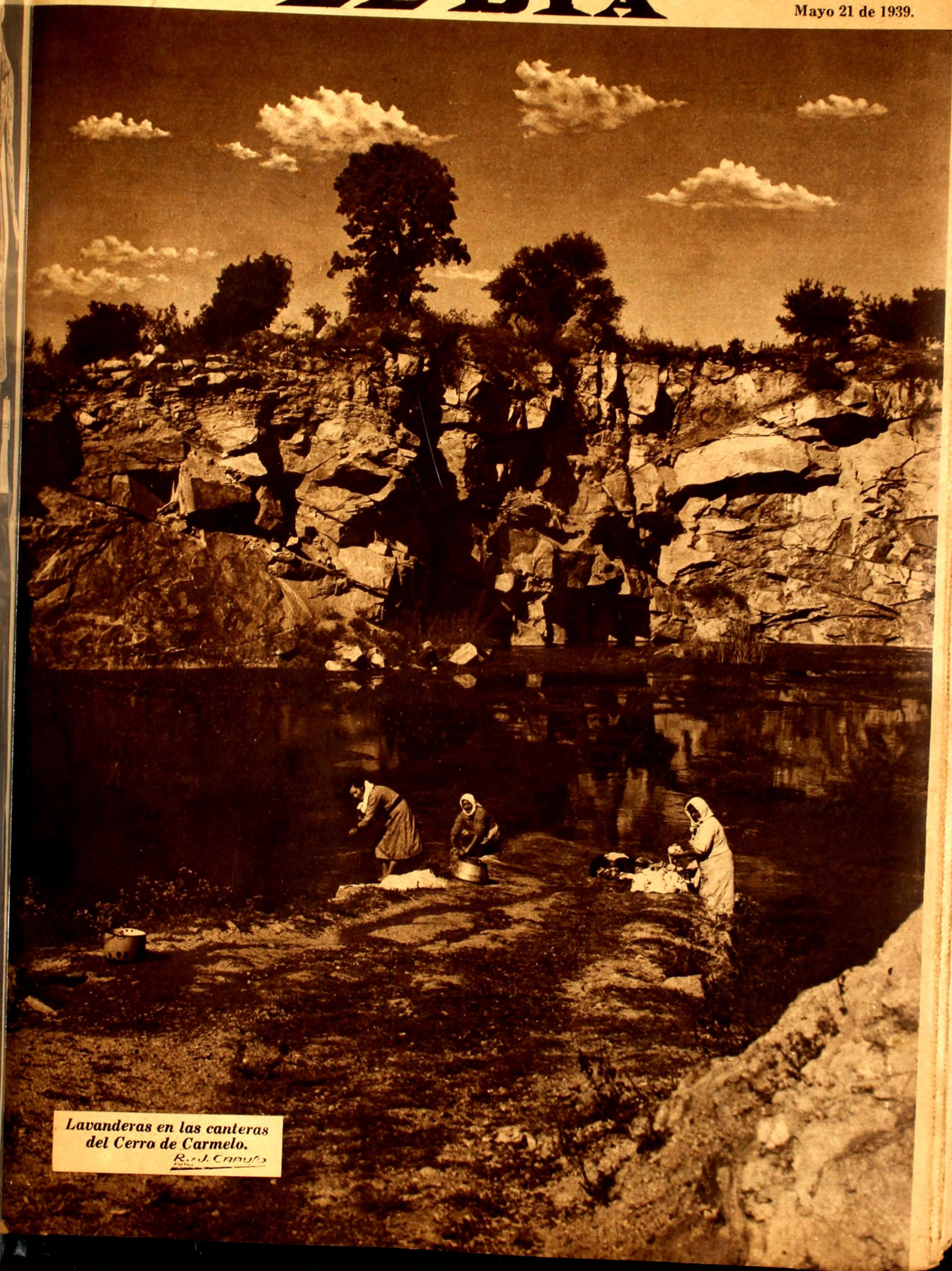
Año VIII
N.o 332

EL DIA

Montevideo.
Mayo 21 de 1939.



Lavanderas en las canteras del Cerro de Carmelo.

R. y J. Canulo
Foto.

LUCIANO

PINTORESCAS las mudanzas de los alrededores de la Unión de fines de siglo. A parihuela las cumplían los humildes. Uno de los decanos del sistema, era un moreno. Fino, anguloso, un halo en sus ojos descoloridos, era popular su figura casi centenaria. Encuadraba su cara la barba blanca. A lo largo del cuerpo, colgaba vacía la manga izquierda. El brazo se lo habían enterrado un día de 1865, con otros despojos heroicos, en la Paysandú de la leyenda. Se lo amputó un sablazo. O un tiro de cañón. Que ¡también se dijo que una bala brasileña le había birlado el brazo al manco Fonseca. Era, de cualquier manera, un mutilado glorioso, y cobraba su pensión de inválido.

En 1901 el manco Luis perdió su nombre. Se convirtió de pronto, — y eso hasta que Lepra ensilló para él una yunta negra, — en "el padre de Luciano". — Este detalle nos dirá, mejor que las palabras, qué rol debió jugar Luciano en la orilla del pueblo. (1). — Del pueblo de la Unión, de vida tan propia y tan típica, como para que no se le haya confundido nunca, con ninguno de los pueblos vecinos de la capital.

☼

El salón del pardo Luciano era conocido en muchas leguas a la redonda. La finca estaba ubicada en Plata y Nueva Palmira. Había pertenecido al codificador don Joaquín Requena esa faja de tierra, incrustada como una cuña entre las antiguas chacras de Manuel González y de Antonio Baraldo, adquirida la primera a don Sebastián Solsona, en 1836.

Los sábados y domingos abría sus puertas la academia, y entraba por ellas la bravía clientela. Bartolo era el portero. Parecía escapado a un fresco de Goya. No vendía entradas. Cobraba en la mano los treinta centésimos, sin tarjeta. Sólo los hombres pagaban, pero sin excepción. Embolsado el dinero, Bartolo traducía su satisfacción en un gruñido. Se le podía arrancar, con habilidad, alguna palabra. Nunca una sonrisa.

Las parejas dejaban atrás al cancerbero, y penetraban en el salón. En los ángulos, dos biombos. En uno se revisaba a los hombres. En el otro se palpaba de armas a las mujeres. Desempeñaba Matilde la última tarea, especialista como era en el tacto rápido y exacto de las ligas de las ninfas. Este inocente detalle no debe hacer pensar al lector sobre la posible condición equívoca de la concurrencia femenina. La gente de los comisarios Márquez, Aguiar, Platero y Maya, tuvieron que ver alguna vez con ella. Pero en los pergaminos de este salón famoso, no hay ni el rasguño de una puñalada. Por otra parte siempre fué negativa la revisión de armas. Es posible que ésto se deba a que pocas puertas más allá del salón, se ahuecaba la cálida y perfumada guarida de **la turca.** Caían en sus armarios los puñales y las pistolas, y eran retirados después del baile, sin que jamás se perdiera un arma. Ni ladrones ni asesinos entre la clientela de Luciano. Lo recalcaba él, orgulloso. Hubo, sí, en su casa, entreveros y trifulcas terribles. Pero no se clausuró el salón nunca, ni se canceló un permiso. Hay que decirlo de una vez. No sólo había siete cuadras entre el salón de Luciano y el Puerto Rico. En éste, campaba el hampa.

☼

Con un pequeño cisne corregían las damas algún defecto de su empolvado; disimulaban la pequeña cicatriz de arma blanca; y se retiraban luego hacia el salón, satisfechas por la respuesta del pedazo de espejo de la pared del sur. Ellos estiraban su bigote y estilizaban su jopo.

Religiosamente hacía su entrada **la orquesta,** a las once, apenas terminada la lotería previa. Sólo quedaban fuera los desheredados, agrupados junto al mostrador de don Juan Debernardis, en la esquina de Figueroa.

Los felices abrían el baile, con una cuadrilla. Se turnaban luego la cuadrilla y el milongón, hasta la madrugada. Desde lejos llegaban los bailarines de fama. — (2). Se bailaba por el placer íntimo de la danza, pero se organizaban concursos bastante a menudo. Por el **honor.** Cuando el negro Maciel traía **un tapado,** lo echaba a la rueda con el mismo ademán imperioso y seguro con que por la tarde había arrojado al reñidero **un giro** de Minas.

Tenía un **animador** el baile. Era Arturo, apodado "cerrazón", negro conocidísimo en el pueblo, criado en lo de Amaya y en lo de Horne, siempre disfrazado **de negro,**



Cara de lobo, pero de lobo bueno. Así era Luciano, y así lo captó Buscasso.



..."no distinguía en su espanto, más que una garra crispada sobre una punta roja".

dejándose el traje y la pintura durante un mes, ordeñando así la vaca en las mañanas, y llevando a Lito y a Pancho al colegio de la tarde, hasta que inevitablemente, llegado Abril, plantaba la colocación y se enrolaba como guardia civil del coronel Viscallar.

Sin contaminarse desfiló por el salón de Luciano la juventud de varias generaciones de nuestro pueblo. Desfilaron alguna vez por él, una vez por lo menos, hombres maduros, distinguidos elementos de la sociedad local, graves modelos de corrección. Una noche, con asombro general, llegó al baile una delegación de la Comisión Auxiliar de la Villa. Don Samuel, don Leopoldo, don Juan, don Casto, don Antonio M., don Francisco. La comuna había dispuesto una subvención de treinta pesos al baile de la orilla, y el grupo iba a hacer efectiva la entrega... y a conocer el ambiente. El orgullo invadió a la reunión. Pero pronto la delegación se sintió incómoda. Se les obligaba a ser jurados del concurso de esa noche. No fallaron. Las caras no tranquilizaban a nadie. Preferían volver el sábado siguiente... La importancia del fallo exigía esa demora lamentable... Ganaron así la puerta. La puerta, por la que no entrarían más, por los siglos de los siglos...

☼

Wilfrido y Martín compitieron una noche en un concurso. Cada uno con su pareja. Rompió Martín el fuego, en medio de un apretado círculo silencioso. Se enlazaban los cuerpos hasta confundirse en un trompo solo. Les concedía el juez un pequeño espacio, del que no debían salir. Cabían en él nueve baldosas grandes. Merecieron un cronista de gacho requintado, las maravillas derrochadas en los quince minutos del duelo singular.

Un afiligranado derroche de taco, quebrada, punta y cadera. Sobre el talle se crispaba la mano, y el gesto del hombre se endurecía. Bebían los testigos la emoción de la escena. Se quejaba el acordeón y se abrían un camino hasta los naranjales de Risso los sollozos de las guitarras. Tentaba el premio. Una fina hoja que Debernardis exhibiera desde la mañana. Después de la labor estupenda, el juez, temeroso, decidió que un sol o número ahorrara una posible injusticia.

Sobre la palma rugosa de Luciano cayeron las miradas. Un grito... Ganó Martín!... Resbaló entonces el puñal conquistado hasta su mano sudorosa... Cayó también sobre ella la ruda mano del perdedor. Su apretón fué un noble zarpazo que la concurrencia apreció, aplaudiendo. Las palabras de Wilfrido se elevaron sobre los gritos: "Ganastes bien, hermano". Pero la gente no veía más que a Martín. Casi con delicadeza, había levantado apenas la falda de su dama. Así, a la vista del gentío, la condecoró, envainando en la liga, la hoja del puñal conquistado en común..

El hombre inteligente y culto que presenció hace 25 años la escena, nos confesaba hace poco, que en ese ambiente le chocó esa nobleza. Esos hombres merecían otro escenario. El alma de la gran raza gaucha les dictaba actitudes que tal vez no comprendieran del todo los malevos presentes.



Un raro aspecto de marqués de utilería cobró en sus últimos años el negro Arturo, ya blanqueadas sus motas.

☼

A veces llegaba al baile un hombre morocho, rostro fino, picado de viruelas. Musculoso, pero ágil. Paso elástico, de parejero a punto. Vestía de gala **rea.** Pañuelo blanco, traje negro, zapatillas blancas, gacho oscuro, doblada el ala corta sobre la sien izquierda. En el brazo un ponchito. Lo usaba no como abrigo. Como broquel. Sería, en la topada sangrienta, el escudo donde había de morder primero la daga del contrario. La suya, de mango de plata, asomada siempre a la manga del chaleco, pronta al relámpago, no entraba con él. **La turca** la mimaba, guardada sola, debajo de su almohada, hasta la salida.

Era **el guapo.** Pero un guapo auténtico. De una guapeza sin neurosis, hecha de desprecio a la vida, o de temor a no ser macho...

Para comprender a **Pedro Barca,** hay que recordar bien la época bravía. Los deportes de entonces, eran una revolución, un duelo criollo, el cobro de una ofensa, el rescate de una hembra.

Guapo de hombros cuadrados, de pecho saliente, como sin temor a una punta. Debía descender de un pardo tipo Aparicio. O de un primitivo molde Goyo Geta.

☼

A las tres, cesaba la danza. — La hambruna de los músicos decretaba el descanso. Eran tres o cuatro los músicos. Siempre los mismos. — Bachicha y Horacio Torres, guitarreros; Ataliva Galup al violín; Huesito al armonium; el negro Benjamín al acordeón..

Les acercaban a un ángulo de la pieza, junto a los cortinados de puntilla recogidos con moñas de coco, una mesa pequeña. Devoraban en silencio la alta costilla que llenaba el plato, el par de huevos fritos, y el pan, con cuyo último trozo limpiaban el plato, mientras resbalaba el carlón dejando un surco a la barba de cuatro días, y el dorso de la mano lo nivelaba... Desaparecía la mesa, se empuñaba otra vez con nuevos bríos los instrumentos, y el baile culminaba. A no ser por el mondadientes que asomaba a los músicos por un rincón del labio, nadie hubiera creído que ya fueran las tres...

☼

A veces coincidía el final del breve intervalo gastronómico, con un lejano campanilleo. Poco a poco se acercaba el alegre ruido. Cesaba de golpe junto al coposo ombú de Nueva Palmira. Abrían sus portezuelas las tres volantas, y escapaban de ellas, hacia el retiro de Luciano, las virtuosas huestes de la Verónica. La legión de las emancipadas, — zona sur, rumor de olas, — enviaba su representación al histórico barrio de los molinos. Se desparramaban los trajes chillones, mientras las hetairas locales ensayaban un fugaz fruncimiento de cejas. El ambiente se poblaba de nuevos gestos audaces, y era más desafiante el aire de los bailarines.

Los incidentes sangrientos eran, a pesar de todo, casi desconocidos. La policía, comprensiva, conocía el trasiego de armas, la exacta ubicación del arsenal de **la turca,** y toleraba. A pesar de esa tolerancia, más de una vez un compadre sacó a la rastra a un pobre guardia civil apostado prudentemente junto a uno de los sauces de don Pedro. — (3).

Era probervial la corrección de estas Thais que no habían tropezado aún con Fafnucio, al que hubieran arrancado pronto su aire místico. De cuando en cuando llegaban los **hombres** de Willy, ojeras hondas, ademanes lánguidos, talle estrecho, paso felino. Entraban en acción rápidamente las hembras enfurecidas. Huían entonces en tropel los recién llegados. En la cara bien afeitada y con polvos, llevaban un recuerdo. La huella de unas uñas. O la marca de un taco...

☼

No era Luciano un caudillo político. Pero la necesidad "destar bien con lautoridá", lo llevaba a reunir, en vísperas electorales, 30 o 40 balotas, que depositaba luego en manos del comisario. Era una manera de cumplir los consejos del viejo Viscacha. Cuando don Antonio, — que en estos momentos se apresta a jubilarse, cansado de sus giras departamentales — tuvo la malvada ocurrencia de pensar que Luciano debía pagar $$ 40 como patente de su baile público, el pardo se asombró: "Pero ésto es un Centro social, don..." — Insistió el rígido representante de Impuestos Director. — "¿No ve?"... explicaba Luciano. — Y mostraba las listas de **socios.**

Era cierto. Toda la aristocracia de la orilla figuraba en los registros: **Pulguita, la pecosa, Mañito, el zorro, el macaco, la Lila.** La primera vez que vió el registro, don Antonio se enfureció, y arrastró a Luciano ante don Eduardo, el juez. Perplejo, oyó éste la palabra del pardo, aprendida de boca de algún ave negra local: "Insolvente". Se le mandó cerrar el salón. Pero las muchas órdenes de desalojo, no se cumplieron nunca. El montón de balotas que Luciano llevaba a la policía en la primera quincena de noviembre, abría las puertas, sobre todo las de la Academia de la calle Plata. Eran una fuerza, fuerza que se hacía centrífuga cuando llegaba hasta el umbral, con los recibos de alquiler, Tomás, el hijo del dueño de la finca. — "Mirá Tomás, vos sos bueno"... Y para demostrar que no era malo, volvía Tomás a la casa paterna, jugando con el montoncito de recibos atrasados...

☼

En su Academia contempló una vez Luciano la escena extraña.

Un cabo de la artillería entró al salón una noche, con aire sombrío. Por el extremo de la bota sobresalía algo que podía creerse fuera el mango de un látigo. Buceó breves momentos su mirada metálica, y descubrió a su dama. Bailaba con otro, feliz y despreocupada. Ramuncho pareció no verla, y pasó a la cocina. Sobre las brasas del hogar descansaba la pava grande. La sacó, dejando sobre los carbones encendidos, su **látigo.**

No era eso. Un punzón, con mango de madera. Cuando el metal llegaba al rojo blanco, lo tomó por el mango protector, y **saltó** al salón.

La mujer vió la barra y la cara del hombre. Gritó espantada, y pretendió huir. Las dos puertas vieron escapar en segundos a la alegre reunión. Quedaron, la orquesta, en un ángulo: Luciano en el otro; la mujer en el centro. Ramuncho la había apresado por la muñeca, mientras esgrimía el hierro la mano libre.



El famoso salón de la calle Plata.



Treinta años han caido ya sobre la cabeza del Pedro Barca, de la nota.

La mujer cerró los ojos. Pero no llegó el golpe. La voz ronca se elevó apenas, en una breve orden al ángulo: — "Toquen".

Subían ya las primeras notas de un milongón, cuando la mujer abrió sin prisa los párpados azulados. El la soltó violentamente, rechazándola: — "Bailá". — La voz era cortante, reconcentrada.

La Carlota no distinguía, en su espanto, más que una garra crispada sobre una punta roja.

Comenzó a bailar.

En la calle la multitud se agrupaba en los huecos. Hasta el mujerío guardaba un raro y pesado silencio.

Se dijera un ensayo. La mujer danzaba con la cara contraída por el terror. En un momento dado, llegó junto a **su** hombre. Era una hermosa muchacha, morena, bien formada y casi elegante. Vivía con Ramuncho, desde que Masoller lo devolviera a la Unión con una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda, que no lo afeaba, y que, por el contrario, había contribuído a la conquista de la hermosa. Ni una nube, hasta el momento que a ella se le ocurrió conocer y frecuentar la academia, mientras Ramuncho cumplía su guardia en el cuartel cercano. Ahora lo veía junto a sí, pero su rostro la espantaba.

¿Pensó de pronto que aun podía atraerlo? La danza traducía un sentimiento hondo y él la quería. Llegó la mujer hasta casi tocarlo. La música se hacía lenta, y ella aprovechó para sonreírle.

De un brusco manotazo el soldado le arrancó la blusa.

Saltó ella hasta el rincón, sorprendida, en un silencio en el que no encontró valor para gritar su miedo.

Avanzó él un paso, uno solo, y repitió en voz baja la orden: — "Baila".

No podía apartar los ojos de la barra. Cuando muchacha había ayudado a su padre en la herrería de la Curva. Valoraba los cambios de color en el hierro candente. El punzón había dejado escapar al principio algunas chispas, y virado luego al rojo crudo, al cerezo, al azul, y al negro. No humeaba, pero ella sabía que aquéllo era terrible aun.

Siguió bailando. La camisa escotada se había corrido sobre el hombro, y el seno mostraba apenas su pequeño pezón oscuro.

Un segundo manotazo del bruto, arrancó su camisa a la bailarina.

Ella era una perdida, pero al sentirse desnuda, cerró los brazos sobre el pecho, y entornó los ojos. Siguió bailando. No era Salomé conquistando la cabeza del Bautista y trastornando al Tetrarca. Era una pobre mujer de la orilla del pueblo, la Carlota, defendiendo su vida.

Siguió bailando, y a cada manotón del bruto caía una nueva prenda íntima. Había ella desprendido sus trenzas, y la cascada oscura enmarcaba su rostro angustiado, y protegía el seno indefenso.

Luciano desde su rincón, miraba. Lo invadía poco a poco un sentimiento nuevo, que él mismo no podía definir como un matiz raro de la piedad. Calló la orquesta de pronto. La mujer estaba en el centro de la pieza. Inmóvil y desnuda.

Ramuncho tiró el punzón, vistiéndola con una palabrota: — "Perra!...".

Y salió.

La escena había durado escasos minutos.

Luciano cerró las puertas, corrió a la pieza contigua, su dormitorio, donde podía verse un gran retrato de Aparicio Saravia, y regresó en seguida. La Carlota seguía de pie. Sollozaba muy bajo. El la cubrió con el abrigo grueso. Era un capote. El mismo que lo había acompañado tantos años, cuando era sargento de la policía de Minas... — (4).

Las **veladas** de esta Academia duraban en general, seis horas. A las 5 de la mañana Luciano entraba al salón y se ponía el sombrero, un fieltro ancho y descolorido, que guardaba también de sus andanzas por campaña.

El gesto de cubrirse lo cumplía como un rito. Con mayor elegancia no lo hubiera hecho ante la Corte reunida, un Mariscal de Francia.

Enmudecía el salón. Se apagaba en la puerta el farol colorado. Devolvía las armas el antro de la turca, y empezaba la vida de los alrededores.

El **Taurino** y el **Santa Tecla** se poblaban de lobos. Humeaba en las viejas cuevas el puchero criollo. Antes de acostarse, la **muchachada** restauraba sus fuerzas.

☼

Cerró sus puertas la Academia de la calle Plata, en 1919. Luciano se encontró entonces, como descentrado. Había sido cochero de algunas familias antiguas de la Unión. De la de Morteiro, entre otras, que guardó siempre como reliquia el viejo coche de uno de los próceres del Cerrito. Después había entrado a regentear su salón. Su salón, que fué, realmente, el precursor del cabaret. En él ejerció Luciano — singular tipo de hombre — una autoridad que nadie osó discutir. Impresionaba su seriedad. Correcto siempre, era parco en palabras. Sus órdenes no se pesaban, ni se discutían. Se cumplían, simplemente.

Posiblemente haya existido en él, bajo su severo aspecto antiguo, la pasta de un caudillo. Luciano fué un caso curioso de autoridad indiscutida en el ambiente bajo en que actuó. Tenía fama de guapo. Pero ningún compadre se atrevió a poner a prueba la legitimidad de esa fama. Su hombría era un axioma. Por eso, sin alardes de guapeza, supo mantener inalterable, a través de los años, esa autoridad suya, tan característica, y que él se esforzaba siempre en disimular.

Después de estas anotaciones al carácter de este hombre, no se asombrará el lector si le decimos que la juventud de la Unión de todos los tiempos, aun la culta, la que iba de paso al salón en su afán de cosas desconocidas, distinguió a Luciano con una simpatía casi afectuosa.

Se explica, pues, el dolor de las orillas, cuando el pardo Luciano Fonseca, obligado por los nuevos tiempos, arrancó el farol de la puerta, y se fué.

Se fué hacia el Este. La civilización lo empujaba.

Abrió una fonda frente al parque Durandeau, y arrojó en ella los ahorros de su fiesta galante. Vegetó unos años, y pareció amoldarse al fin, a su nueva vida. Pasaría una vejez tranquila, aburguesada. No. Lo mordió la uremia. Nos llamó una tarde de 1932. Había mirado por primera vez sus piernas, y en el edema de la tibia quedaba la marca de su dedo grueso y moreno.

Le ocultamos el sombrío pronóstico. Estaba solo en la vida, y nadie nos acompañó hasta la verja con una pregunta ansiosa. Aceptó sin quejarse, el único bien que la vida podía ofrecerle. Una cama en el hospital.

Poco después murió.

Acompañamos su cuerpo al camposanto. Tres coches. En el de los dolientes, donde se nos concedió un sitio, iba una mujer. Era la Carlota.

M. Ferdinand Pontac.

NOTAS.

1. — **Hace 50 años la orilla del pueblo, estuvo en Juanicó, junto a Artes y a Industria. Y en las bóvedas de la Plaza de toros. Y en Figueros, y en Nueva Palmira.**
2. — **Juan B. — cajista de un prestigioso rotativo de la Capital — fué, hace años, afamado bailarín de milongón, en la Academia de Luciano. Juan B. bailaba, como todos, con el ponchito terciado, cortón, y la cachiporra colgando al brazo, prendida a la muñeca por un tiento sobado.**
3. — **El vengador de la policía fué el Capitán M. Terminó con los compadres apaleadores.**
4. — **Dudará más de un lector de la autenticidad de esta escena. Es perfectamente histórica. Ramuncho vive aun.**

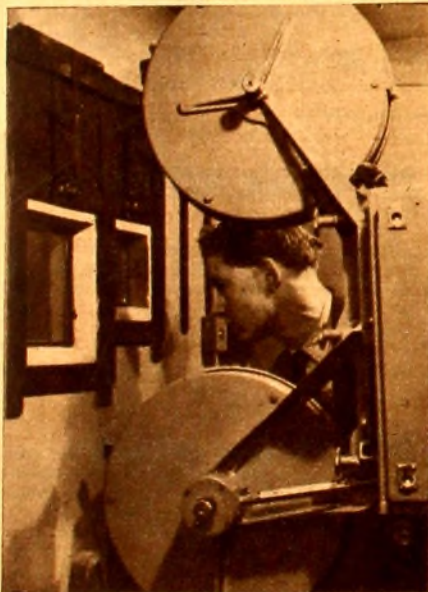
HISTORIA DE LA CINEMATOGRAFIA



Mirando a través de la Movieola, aparato para observar películas que por su antigüedad no puede pasarse por los proyectores.



También se cuida que la humedad relativa no exceda de 50 o/o, pues ello dañaría las películas. Con ese fin se ha instalado en los archivos este higroscopio.



Proyección de una película en la sala del British Film Institute. En sus archivos ya hay unos cien mil metros de películas, la mayor parte de las cuales han pasado por esta máquina

En julio de 1935 el British Film Institute inauguró el National Film Library, a fin de responder a la innegable necesidad de preservar y tener disponibles películas históricas y de interés nacional.

La "library", que ahora es la sección principal del Instituto, tiene el siguiente objeto:

Preservar para la posteridad las copias de todas las películas, de ficción o no, que sean notables por su excelencia técnica o por su importancia en la historia de la cinematografía; guardar copias de todas las películas obtenibles que se refieran a sucesos de importancia científica e histórica; formar una sola selección nacional de películas adecuadas para prestar a organizaciones diversas y fomentar la circulación de los films entre las mismas.

En el corto tiempo de su existencia la "Library" ha reunido ya 500.000 metros de película, de un valor inmenso y que prácticamente cubre toda la historia de la cinematografía desde los primeros ensayos hasta las obras habladas y en tecnicolor que se han producido últimamente. El film más antiguo de la selección figura en el registro con la siguiente inscripción:

Sin título. Tomada alrededor de 1896. — Mar picado rompiendo contra un murallón. — Producción: desconocida. — Positivo, 25 metros. — Condición: Encogida, pero por lo demás, bien.

Las películas se guardan en cajas de metal y siempre a una temperatura y humedad constantes. También se coleccionan los cartelones antiguos que se empleaban para anunciar estrenos, y una revista en la cual se hace la primera presentación de Carlitos Chaplín.

THE BIOSCOPE, MARCH 26, 1914. 1373

KEYSTONE

KEYSTONE'S LATEST CAPTURE — IS — CHAS. CHAPLIN

The famous comedian of Fred Karno's "Mumming Birds" Company.

WATCH FOR HIM and for MACK SENNETT and MABEL NORMAND in BETTER THAN EVER KEYSTONES.

SOME NERVE

Some highly emotional comedy, in which a very pretty girl plays a prominent part. Full of laughs.

Rel. Thursday, April 23rd. App. Length 971 ft.

THE CHAMPION

A first class racing item. Mabel as a racing driver in male attire is at her best. The Keystone Police add their inimitable comedy. Strong both in story and setting.

Rel. Monday, April 27th. App. Length, 971 ft.

LOVE AND GASOLINE IS COMING!

Watch for Release Date.

ALL PRINTS ON EASTMAN STOCK.

WESTERN IMPORT Co., Ltd., WESFILM HOUSE. 4, Gerrard Street, Shaftesbury Avenue, W.

Telegrams—"Wesfilm, London." Telephone—Gerrard [illegible]

COMEDIES

26 de marzo de 1914. — Carlitos Chaplín es anunciado por primera vez. Reproducción de una página de The Bioscope, una de las primeras revistas sobre cinematografía que aparecieron en Inglaterra. El aviso se refiere al último descubrimiento de la empresa cinematográfica Keystone: Carlitos Chaplín. — Y dice que la película se estrenará el 23 de abril de 1914.

La primer película de Charles Chaplín, en que aparece con un bigote de guías caídas. Este bigote no fué aprobado por Mack Sennet, su productor, y en la segunda película adoptó Carlitos su popular vestimenta que lo hizo famoso. Sólo el bastón, que tiene la figura de la izquierda, ha permanecido igual.



EN 500.000 METROS DE PELICULA

El archivo se inició en el año 1936, y ya existen unos quinientos mil metros de película, recibiéndose a diario más cajas para analizar y catalogar.

(Serie exclusiva de fotografías tomadas en el British Film Institute, para este Suplemento).



"How Bella was wom" (Como fué ganada Bella), cartelón típico de la pre-guerra. Estos viejos ejemplares se guardan en una sección especial del Instituto.



Un predecesor de Walt Disney. Fotografía de una de las primeras películas de Emile Cohl, inventor de los dibujos animados puros. Su trabajo acuso la misma libertad imaginativa que el de Disney. Cohl murió hace poco en París, en plena miseria.



Mister E. H. Lingren, editor y bibliotecario principal del Britisch Film Institute, aparece examinando unas cintas. El Instituto tiene una colección de películas apropiadas, que se cortan y editan para su exhibición en colegios, clubs, etc. No se trata, desde luego, con obras teatrales, de modo que no compiten con el mercado libre.



Cuarenta años de progreso en la industria cinematográfica han producido este cambio en las cajas de guardar películas. La más pequeña se fabricó en 1895; la mayor es de las más modernas. El término medio de la extensión de los primeros films era de 20 a 50 metros.



El jurado que decide si la película merece guardarse en los archivos. En primera fila aparecen Mister G. Bell, el bibliotecario (derecha) y a su lado Mister E. H. Lindgren, su ayudante.



Arresto de una "sufragette". Escena de una película de actualidades de la pre-guerra, en los días en que las mujeres luchaban por el derecho al sufragio. La calidad técnica de esta película es notable si se considera la época en que fué tomada.



Uniendo trozos de cintas. Este es un trabajo sencillo y mecánico que realiza un ayudante.

EL ROMANCE DE LA HIJA DEL REY de FRANCIA

DIBUJO DE AGUERRE

¿De qué rincón de Francia "la bien guarnida" partió la heroína de este viejo romance escrito en la sabrosa lengua de Castilla?

Lo ignoramos. Sólo sabemos que

IBASE PARA PARIS,
DO PADRE Y MADRE TENIA.

El joven y resuelta. No la atemorizan las dificultades. Tiene vivo y sutil ingenio. Se puede agregar, aunque el romance no lo diga, que es bella.

Viaja a pie, según parece. Este detalle y la brevedad del romance permiten suponer que París no está muy lejos.

Sin embargo, la niña pierde el rumbo. Busca algún indicio que le permita seguir el viaje. No lo encuentra. ¿Se echa a llorar, como lo haría otra muchacha en análogas circunstancias? No. Arrimada a un roble del camino, se dispone a esperar que alguien pase en dirección a París y quiera llevarla.

No tiene que aguardar mucho tiempo. Pronto aparece un caballero que monta brioso corcel y se dirige a la capital de Francia. La niña le habla con palabras llenas de gracia y cortesía, que ganan la voluntad:

SI TE PLACE, CABALLERO,
LLEVESME EN TU COMPAÑIA.

El caballero contesta en forma que revela su perfecta cortesanía:

PLACEME, DIJO, SEÑORA,
PLACEME, DIJO, MI VIDA.

Ese "mi vida", escapado así, a las primeras de cambio, es alarmante para la muchacha. Pero no vacila. Su ingenio es fértil en recursos y sabrá librarla de cualquier peligro.

El caballero se apea, pone a la niña en las ancas y él sube en la silla.

¿Imagináis la extraña situación?

Un hombre audaz, tal vez con pocos escrúpulos, en medio del campo, en compañía de una mujer joven y bonita...



No pasa mucho tiempo sin que el hombre pretenda aprovechar la oportunidad que se le ofrece. Las palabras de amor, encendidas de deseo, brotan de sus labios. Acaso llega a mayores atrevimientos que el romance calla.

¿Qué hace la niña? No llora ahora tampoco. Sabe — y si no lo sabe lo adivina —que el fuego del amor no se apaga con lágrimas. Recurre simplemente al ingenio. Y dice.

TATE, TATE, CABALLERO,
NO HAGAIS TAL VILLANIA:
HIJA SOY YO DE UN MALATO
Y DE UNA MALATIA;
EL HOMBRE QUE A MI LLEGASE
MALATO SE TORNARIA.

Aclaremos: **malato** significa **leproso.**

Ante la terrible amenaza del contagio, el galán se detiene. Sólo eso podía detenerlo. Grande es el deseo que la muchacha le inspira, pero más grande aún es su miedo.

Moza y mozo continúan el viaje. El, devorando en silencio su inquietud. Ella, saboreando su triunfo.

Al fin empiezan a ver las orgullosas torres de París. Pocos minutos después pisan las calles de los arrabales.

La niña sonríe. Diríase que la sonrisa acrecienta su belleza.

El caballero, sin olvidar la cortesía, pero con cierta amargura, pregunta:

¿DE QUE VOS REIS, SEÑORA?
¿DE QUE VOS REIS, MI VIDA?

Y ella, con voz temblorosa de burla, contesta:

RIOME DEL CABALLERO,
Y DE SU GRAN COBARDIA,
¡TENER LA NIÑA EN EL CAMPO
Y CATARLE CORTESIA!

El hombre se avergüenza. Comprende que ha sido burlado. No hay tal padre malato ni tal malatía. Pretende corregir el error:

VUELTA, VUELTA, MI SEÑORA,
QUE UNA COSA SE ME OLVIDA.

Pero la niña no quiere volver. Aunque volviera, nadie se atrevería a tocarla, porque

HIJA SOY DEL REY DE FRANCIA
Y DE LA REINA CONSTANTINA.
EL HOMBRE QUE A MI LLEGASE
MUY CARO LE COSTARIA.

Nada más dice el romance. Sin duda el caballero se resigna. ¿Qué otro camino le queda? Acaso piensa que su pasada osadía puede serle de fatales consecuencias. ¡Haberse atrevido a requerir de amores a la hija del rey!

¡En qué mal día está el caballero! Lo desconocerían sus amigos de la corte. No comprende que la muchacha lo envuelve en la red de una nueva mentira.

Porque no es presumible que la hija del rey de Francia viaje sola, a pie, y tenga esa experiencia de la vida y esa gracia picaresca, flor del alma popular, de las cuales le ha dado tan buenas muestras la niña.

¿Cómo no se da cuenta de esto el caballero? ¿Es tan poderoso el encanto de esta muchacha, que anula la observación y borra la experiencia?

Nos explicamos la turbación de ese hombre. Tan grande es el encanto, que llega hasta nosotros, a través de los siglos, y nos conquista aún con su gracia lozana y tentadora...

MANUEL BENAVENTE.

LOS NIÑOS



COLACHO PORRO CAMPANELA



MIGUEL ANGEL GARRIDO RUIBAL



JUANCITO ELIAS MORASSO



MARTITA TARALLO MANSO



JULIA AROSTEGUI BIESTRO



ADOLFITO SARNI MARNA



BETITO ZUBIMENDI MOSERA



JUAN ANGEL MENDEZ TETI

EL ROMANCE DE LA HIJA DEL REY de FRANCIA

DIBUJO DE AGUERRE



¿De qué rincón de Francia "la bien guarnida" partió la heroína de este viejo romance escrito en la sabrosa lengua de Castilla?

Lo ignoramos. Sólo sabemos que

IBASE PARA PARIS,
DO PADRE Y MADRE TENIA.

El joven y resuelta. No la atemorizan las dificultades. Tiene vivo y sutil ingenio. Se puede agregar, aunque el romance no lo diga, que es bella.

Viaja a pie, según parece. Este detalle y la brevedad del romance permiten suponer que París no está muy lejos.

Sin embargo, la niña pierde el rumbo. Busca algún indicio que le permita seguir el viaje. No lo encuentra. ¿Se echa a llorar, como lo haría otra muchacha en análogas circunstancias? No. Arrimada a un roble del camino, se dispone a esperar que alguien pase en dirección a París y quiera llevarla.

No tiene que aguardar mucho tiempo. Pronto aparece un caballero que monta brioso corcel y se dirige a la capital de Francia. La niña le habla con palabras llenas de gracia y cortesía, que ganan la voluntad:

SI TE PLACE, CABALLERO,
LLEVESME EN TU COMPAÑIA.

El caballero contesta en forma que revela su perfecta cortesanía:

PLACEME, DIJO, SEÑORA,
PLACEME, DIJO, MI VIDA.

Ese "mi vida", escapado así, a las primeras de cambio, es alarmante para la muchacha. Pero no vacila. Su ingenio es fértil en recursos y sabrá librarla de cualquier peligro.

El caballero se apea, pone a la niña en las ancas y él sube en la silla.

¿Imagináis la extraña situación?

Un hombre audaz, tal vez con pocos escrúpulos, en medio del campo, en compañía de una mujer joven y bonita...

No pasa mucho tiempo sin que el hombre pretenda aprovechar la oportunidad que se le ofrece. Las palabras de amor, encendidas de deseo, brotan de sus labios. Acaso llega a mayores atrevimientos que el romance calla.

¿Qué hace la niña? No llora ahora tampoco. Sabe — y si no lo sabe lo adivina —que el fuego del amor no se apaga con lágrimas. Recurre simplemente al ingenio. Y dice.

TATE, TATE, CABALLERO,
NO HAGAIS TAL VILLANIA:
HIJA SOY YO DE UN MALATO
Y DE UNA MALATIA;
EL HOMBRE QUE A MI LLEGASE
MALATO SE TORNARIA.

Aclaremos: **malato** significa **leproso.**

Ante la terrible amenaza del contagio, el galán se detiene. Sólo eso podía detenerlo. Grande es el deseo que la muchacha le inspira, pero más grande aún es su miedo.

Moza y mozo continúan el viaje. El, devorando en silencio su inquietud. Ella, saboreando su triunfo.

Al fin empiezan a ver las orgullosas torres de París. Pocos minutos después pisan las calles de los arrabales.

La niña sonríe. Diríase que la sonrisa acrecienta su belleza.

El caballero, sin olvidar la cortesía, pero con cierta amargura, pregunta:

¿DE QUE VOS REIS, SEÑORA?
¿DE QUE VOS REIS, MI VIDA?

Y ella, con voz temblorosa de burla, contesta:

RIOME DEL CABALLERO,
Y DE SU GRAN COBARDIA,
¡TENER LA NIÑA EN EL CAMPO
Y CATARLE CORTESIA!

El hombre se avergüenza. Comprende que ha sido burlado. No hay tal padre malato ni tal malatía. Pretende corregir el error:

VUELTA, VUELTA, MI SEÑORA,
QUE UNA COSA SE ME OLVIDA.

Pero la niña no quiere volver. Aunque volviera, nadie se atrevería a tocarla, porque

HIJA SOY DEL REY DE FRANCIA
Y DE LA REINA CONSTANTINA,
EL HOMBRE QUE A MI LLEGASE
MUY CARO LE COSTARIA.

Nada más dice el romance. Sin duda el caballero se resigna. ¿Qué otro camino le queda? Acaso piensa que su pasada osadía puede serle de fatales consecuencias. ¡Haberse atrevido a requerir de amores a la hija del rey!

¡En qué mal día está el caballero! Lo desconocerían sus amigos de la corte. No comprende que la muchacha lo envuelve en la red de una nueva mentira.

Porque no es presumible que la hija del rey de Francia viaje sola, a pie, y tenga esa experiencia de la vida y esa gracia picaresca, flor del alma popular, de las cuales le ha dado tan buenas muestras la niña.

¿Cómo no se da cuenta de esto el caballero? ¿Es tan poderoso el encanto de esta muchacha, que anula la observación y borra la experiencia?

Nos explicamos la turbación de ese hombre. Tan grande es el encanto, que llega hasta nosotros, a través de los siglos, y nos conquista aún con su gracia lozana y tentadora...

MANUEL BENAVENTE.

LOS NIÑOS



COLACHO PORRO CAMPANELA





JUANCITO ELIAS MORASSO

MIGUEL ANGEL GARRIDO RUIBAL





JULIA AROSTEGUI BIESTRO

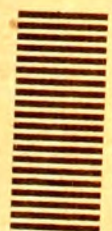


ADOLFITO SARNI MARNA

JUAN ANGEL MENDEZ TETI



MARTITA TARALLO MANSO



BETITO ZUBIMENDI MOSERA



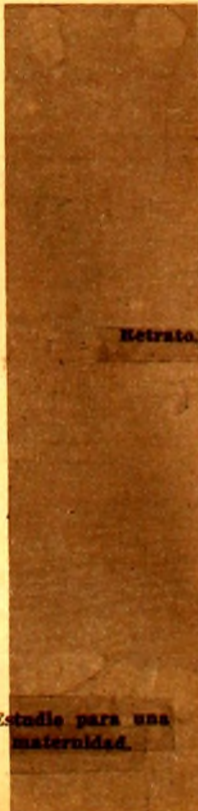


Detalle de la exposición Despiau, en Rouen.



Estudio del Apolo. — La estatua definitiva, de una altura de 5 metros 50, será colocada frente al Museo del Petit Palace.





Retrato.

Estudio para una maternidad.



EN EL
ALLER DEL
SCULTOR
DESPIAU

OXIMO al parque Monisouris, en la
alle Brillant Savarin 49, con patina de
barrio de París, ennegrecido por el
o de las fábricas, tiene su taller el gran
ltor Despiau. Tranquilidad de barrio
ro sin paseantes, con sus calles incli-
as para recibir las últimas caricias de
uave sol de otoño; con sus árboles sin
s que se juntan en el fondo del lago
guas verdes. En esta mañana fría y
embargo luminosa, llegamos al taller
escultor, que ha prometido esperarnos
ue en realidad nos espera.
. Despiau, el gran escultor francés, ad-
ado, querido y respetado por su mal ca-
er, representa unos sesenta y cinco
, pequeño, delgado y fuerte todavía;
azules, una blanca barba hirsuta pue-
sin abundancia su rostro afinado, don-
asoma su nariz amorotada por el frío.
amos en un taller pequeño y modesto
a tan grande artista y nos ponemos de
ediato en contacto con una obra múl-
. Cabezas, torzos, bustos colocados so-
pedestales y en el suelo.
espiau, es ante todo, un escultor de re
s. Esto le subleva y enardece, su ros-
y su nariz, adquieren un mayor tinte
rotado de sublime indignación. Pero
o puede hacérsele la reserva de decir
es sólo esta la fuerza de su arte, no
ampoco incierto lo que afirmamos al
ar en su taller. Pues Despiau, seme
e a los grandes escultores de todos los
pos, ha sabido hacer de una simple
eza, algo infinitamente más rico, varia-
emocionante y completo que tantas es-
as con brazos y piernas, que parecen
er acrobacias en los parques públicos.
os detenemos con verdadera unción,
una hermosa piedra que representa a
e. Derain. El escultor se muestra indig-
o, no le interesa nuestra opinión, ni
stro entusiasmo. Pero a nosotros no nos
mueve tampoco su actitud irascible, no
os ido a discutir, ni siquiera lo inten-
os... Pero esa cabeza tallada recien-
ente en piedra aparece como un volu
n en el espacio, con proporciones y per-
s que la representan como su obra maes

l escultor nos confiesa más tarde que
a mucho ese retrato, pero asegura que
le interesa la opinión de los demás.
ece que la crítica le ha sido adversa
la exposición que realiza en Rouen, y
le ha fastidiado mucho.
—¿Es usted crítico de arte?
—No señor.
—La crítica es muy ingrata y difícil.
—Ya lo sabemos.
efiriéndose al parecido de sus retratos,
sólo no habla de él, sino que ni siquie
quiere oir hablar porque comprende
e entendemos por eso, muy amenudo,
a imagen confusa que nos creamos de
demás. Si todas las relaciones del mo-
ado, las entrantes y salientes son exac
, la semejanza vendrá sola. En cuanto
la expresión, ésta no se ve, se siente.
más bien se siente uno a uno, cada ma-
de expresión que se refleja sobre el
tro del modelo. Así se logra una expre
n indefinible, la más general y profun-
a la vez. La manera como Despiau ex
sa las miradas, muestra bien la preocu-
ción de no tener otro recurso que las
mas y las relaciones de forma. Sin em
go, un ojo, no es para él más que una
erficie convexa, más o menos apagada
brillante según el modelo, superficie que
se hace uniformemente lisa como en
fríos imitadores de lo antiguo, sino que
modifica de un modelo a otro por un
bajo muy sutil y escondido. Se cuida
traducir el iris un agujero negro en
rimento del color del conjunto, la pupi-
por un punto que atraiga la luz. Todo
relación de planos y de formas en un
to de Despiau. Pero el verdadero tra-
o comienza cuando acaba el esquema,
ndo se analiza cada perfil y cada línea
a lograr la armonía buscada. Y sus
as son generalmente de una armonía
ll

hora trabaja en su Apolo. Tiene sola-
nte 1 metro 20 de altura, pero tendrá en
obra definitiva 5 m. 50. Nos lo muestra
-Hace diez años que trabajo en este
íntima satisfacción, casi diríamos que
buscado el momento oportuno para en
arlo.
lo y es mi obra de mayor aliento, no
o prisa en terminarlo.
os muestra asimismo, por lo menos
bocetos que le han servido de estu-



Retrato de la señora del pintor Andrés Derain

dio, no se diferencian entre sí, más que por la mayor armonía conseguida en sus formas. Lo mismo ocurre con su "Maternidad", tiene en el estudio cinco cabezas de distinto tamaño, la menos resuelta, en nuestro sentir, es la que ilustra esta página, sin embargo es la elegida por el artista, al entregarnos la foto.

Nunca se encuentra en Despiau, un detalle decorativo, pintoresco, divertido, no encontramos en su obra, ninguna búsqueda de efectos, su fuerza radica en la dulzura y en la sobriedad de la forma. Más allá de su modelo, ve la obra y sus características.

En sus figuras, aparece la misma ternura vigilante, pero réaliza muy poco la figura, no gusta de la obra grande de glorificación simbólica, apesar del entusiasmo que demuestra por su Apolo. Este es sobrio, armonioso, sencillo, si se piensa en su altura, se le encontrará tal vez la cabeza pequeña, pero así como le vemos, sobre una base que se eleva solamente treinta centímetros, nos resulta perfecta.

Despiau, nos dice:

—No marcho con la moda, ni con las nuevas conquistas del arte, si es que ha habido conquistas, me desagrada el arreglo, el ropaje y la declamación literaria de la forma. Me río de la moda y de la opinión del día, no sé si vivo en el pasado, en el presente, o en lo porvenir...

El escultor nos muestra su pequeña colección de pinturas, y lo curioso es que la forman pintores modernos, Detain, Henry de Waroquier, Segonzac, Othon Friesz....

Nos acompaña hasta la puerta y al tiempo que nos tiende su mano, nos dice:

—Soy francés, bien francés y mi escultura es latina, tiene el espíritu de la raza.

Nos despedimos, en la seguridad de haber dejado en aquel rincón de París, algo más que todo esto. Más que al escultor de una raza, saludamos al profundo artista de una época.

(Estas fotos han sido entregadas especialmente para este Suplemento, por el artista, a nuestro redactor Percy).

CHAM

Entre laderas de pinos ba
el glaciar hacia Chamoni

En el oeste de Franci
sobre la frontera con Sui
e Italia, se encuentra u
de los más altos picos d
Europa, el Monte Blanc
Su cima, eternamente co
nada por las nieves le d
ese nombre. Todos sus v
lles llenos de flores en l
época veraniega son ca
pos de nieve especiales p
ra la práctica de los depo
tes de invierno.
Entre los pequeños pu
blos que rodean el Mo
Blanc se destaca Chamon
que tiene, aparte de sus b
llezas naturales, una org
nización para el turista pe
fecta, hoteles, garages co
todas sus instalaciones, f
niculares para subir a l
puntos más altos de la mo
taña, etc. Chamonix, verd
dero centro de peregrinació
de los "sports d'hiver" y e
pectáculo maravilloso co
sus flores y torrentes de v
rano.

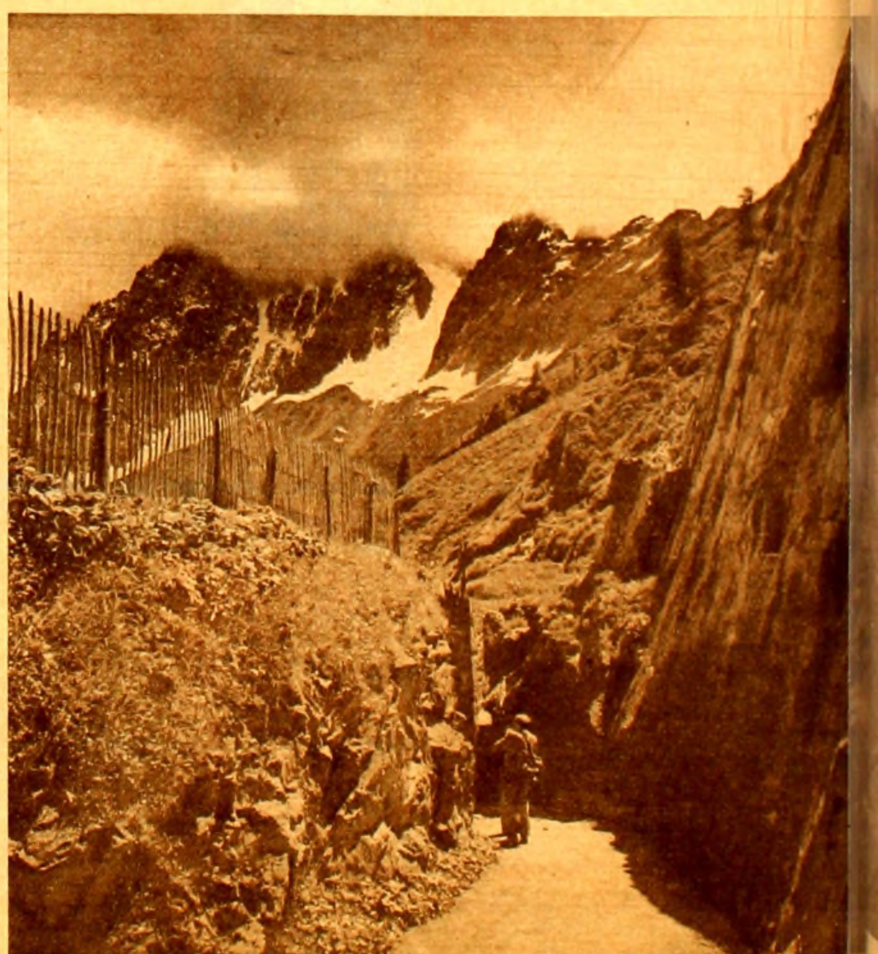
☼

"El domingo 10 de m
ñana salimos de Annema
se rumbo a Chamonix: l
carretera siempre subiend
la vegetación repitiéndo
en sus pinos y demás árb
les de zona fría, y el coch
recorriendo el sendero qu
pasaba junto a paredes d
roca que se erguían vertic
les por cientos de metro
Llegamos a nuestro destin
luego de atravesar vari

Camino en la montañ



La "mer des glaces".



ONIX

Nubes entre montañas.

pueblitos y nos encontramos en pleno verano en una estación invernal llena de gente, ofreciendo el contraste de sus campos de nieve con el resto de las manifestaciones de la naturaleza. Torrentes de montaña formados por la nieve derretida, fríos como el hielo y sabrosos como agua de manantial. Por un funicular subimos a la "Mer des glaces", glaciar que conserva su manto de nieve durante todo el año, y allí sentimos el viento fresco a los 2000 metros de altura y también el efecto del sol que nos daba con toda su fuerza.

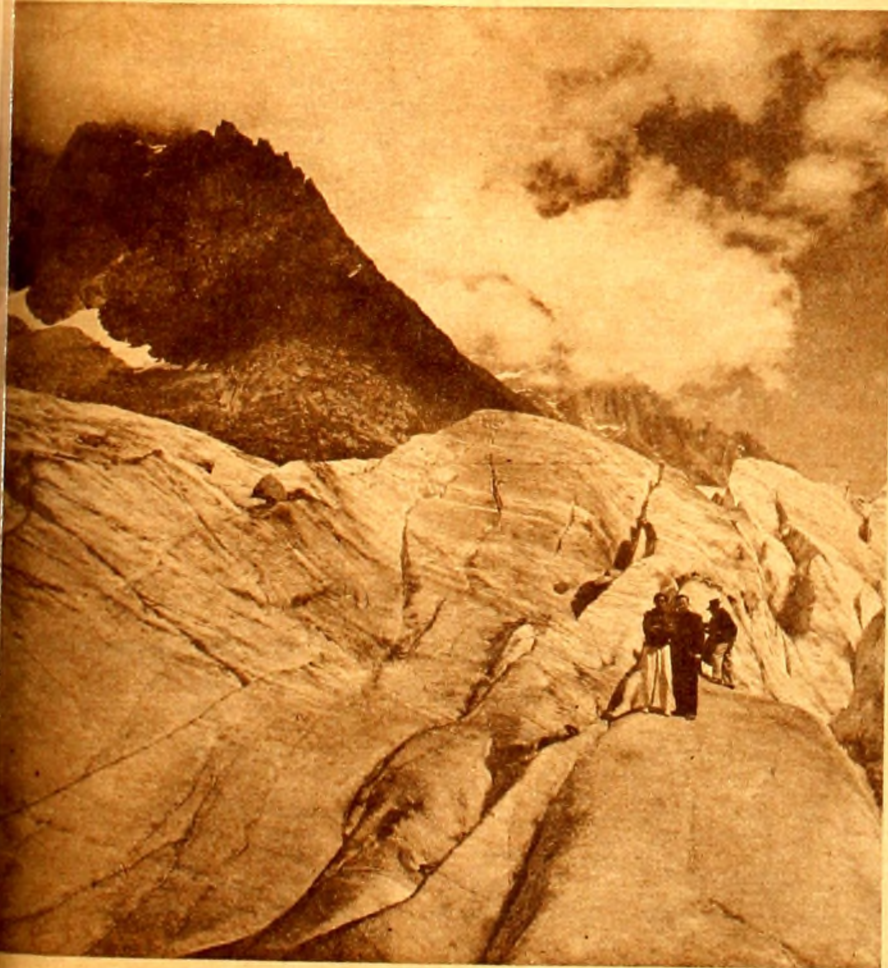
Dos horas sacando fotos y haciendo equilibrio en la nieve, dura como piedra, pero resbaladiza, del glacial: al alcance de nuestra vida el Mont Blanc con su cima más blanca que las mismas nubes. Los pinos negros ya espaciados, y una expresión de desolación en todo.

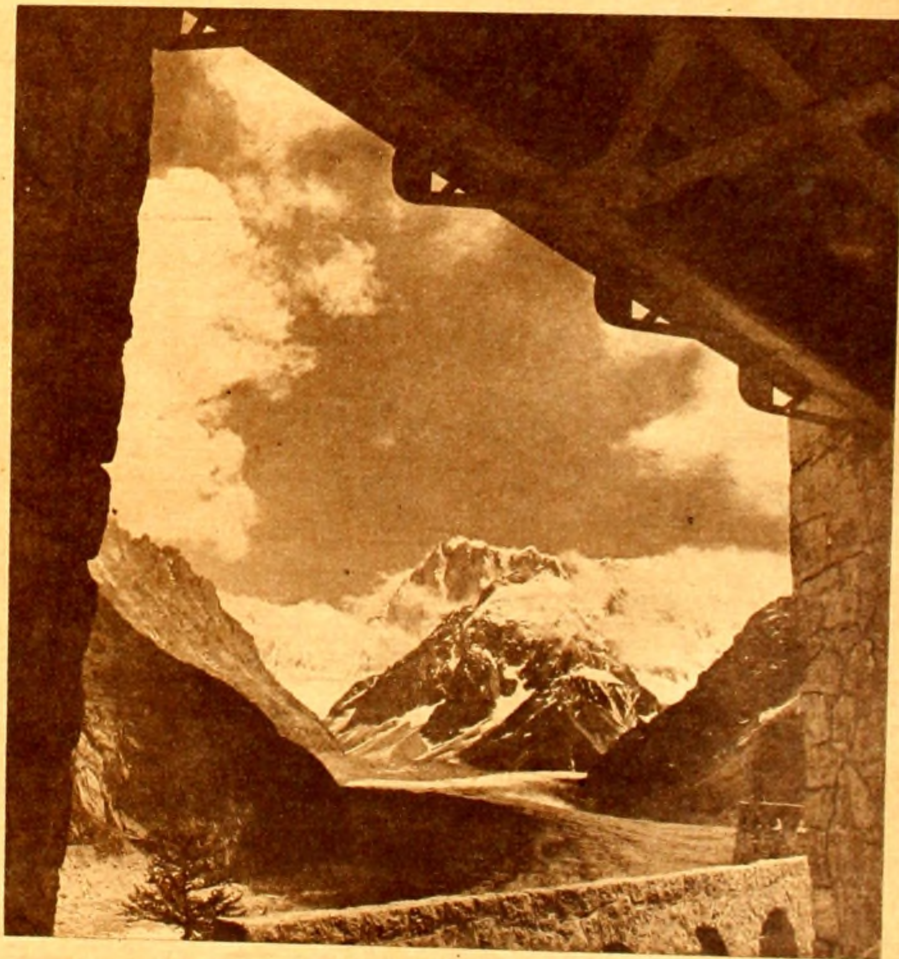
Salimos de Chamonix; — atravesamos la Haute Savoie y la Savoie por la cinta de la carretera que se deslizaba entre laderas de "sky"; las casitas de los labriegos con su primer piso de piedra y el resto en madera presentaban un interés grande por todo el buen sentido que se revelaba en ellas".

(Fragmento de un diario de viaje).

Arquitectos M. Payssé Reyes y G. Jones Odriozola.

Nieve y nubes.





El glaciar.

Montiel Ballesteros ha puesto en circulación un nuevo libro, compuesto por tres obras de estructura teatral, tituladas "La Isla", "Dios y el Diablo" y "Juan", de un fino simbolismo todas ellas, y de una calidad de prosa que no necesita desde luego, destacarse tratándose de tan calificado escritor.

LA ISLA

DE MONTIEL BALLESTEROS

PERSONAJES: Ella y El.

ESCENARIO: La conocidísima isla imaginaria de los mares tropicales, a la cual van a parar, muy sumariamente vestidos o desnudos del todo, la pareja de sobrevivientes del naufragio.

AMBIENTE: Cielo. Mar. Arena áurea. Rocas coralinas. Bananeros. Cañas. Todas las palmeras y los cocoteros que admita la decoración.

PRIMERA ESTAMPA: Debe haber transcurrido muy corto tiempo desde que los náufragos han tomado tierra en su residencia, pues la mujer aún conserva el encaracolado de la permanente en su cabellera dorada y al hombre recién comienza a sombreársele de barba la cara.

Ella viste traje de baño justo, muy escotado, con pantalones brevísimos. El lleva envuelto a la cintura, apenas cubriéndole el cuerpo, un retazo de género de vivos colores, a rayas, sostenido por un pedazo de liano.

Los dos descalzos y con la cabeza descubierta.

ESCENA UNICA

ELLA. — ¿Entonces ya no nos queda nada por intentar?

EL. — Continúan abiertas todas las posiblidades.

ELLA. — ¡Cómo! ¿Cree usted que resta alguna esperanza?

EL. — Todas, señorita.

ELLA. — ¿Bromea usted?

EL. — Hablo con la más absoluta seriedad. Vamos a empezar. Estamos como en la primera blanca página del libro de la vida. ¡Lo que es lamentable es que no seamos más jóvenes!

ELLA. — ¿Por qué pluraliza?

EL (disimulando su concepto con una galantería). — Porque, junto a la Primavera, el Estío es viejo. Usted es la mañana, aunque no ya el alba. Yo soy la tarde...

ELLA. — Aparte la lisonja, que se agradece, ¿por qué me une a usted en un común destino?

EL. — Disimule el retruécano; porque nuestro destino será común.

ELLA (mira el cielo). — Yo debo aguardar con confianza. Usted conoce mi historia: yo iba al Japón, a encontrarme con mi prometido, con quien debía casarme.

EL. — Lo compadezco.

ELLA. — ¿Por ser mi novio?

EL. — No. Todo lo contrario. Casi por no serlo.

ELLA. — Y tengo el presentimiento...

EL. — Perdone la interrupción... La urgencia de las circunstancias me obligan a llamarle la atención que, sin la palanca del apoyo mutuo, — indispensable entre nosotros, — lo que va a conseguir su dichoso novio — si es que dan con nosotros — es encontrar en la isla algunas inscripciones grabadas en las piedras y dos lamentables esqueletos!

ELLA. — ¡Qué pesimismo más macabro!

EL. — Es la descarnada lógica de la realidad. Con este clima y la sobriedad a que nos condenarán los escasos productos naturales del medio, yo entiendo que se puede vivir muy bien... ePro Ud. ha constatado que las noches no son benignas, refrescan mucho, y creo no me impedirá velar por su preciosa salud... y por la mía.

ELLA. — Es usted muy altruista... muy filantrópico.

EL (disimulando la ironía). — Señorita, usted perdone, es un impulso natural, espontáneo... En este ambiente, con este aire delicioso, frente al paisaje estupendo, a la luz, al color, al mar, al cielo, se le despiertan a uno — hasta casi sin quererlo — buenos sentimientos... ¿Vió la pedrería estupenda del firmamento estrellado de anoche?

ELLA. — Pese a mí... durmiendo — o velando — al aire libre!

EL. — Bueno, todo eso es para exaltarse de lirismo, vivir en poeta, amar la vida!

ELLA. — ¡Y morirse de frío y necesidades!... (Transición. Se vuelve insinuante y coqueta): ¿Su sensibilidad queda limitada a eso?

EL. — Vaya... no... siento los amaneceres, los crepúsculos... los pájaros... los cocos... las bananas... y... las tortugas... Las tortugas, que deben ser deliciosas y que se pasean, tan campantes como inocentes, entre las piedras, ignorando nuestro civilizado apetito...

ELLA (despectiva). — ¡Muy poético!

EL. — ¡El caldo de tortugas es tan suculento y nutritivo como exquisito! "Primo vívere", en latín más o menos macarrónico... Usted ha constatado mi solidaridad. Usted se desesperó y yo tuve el honor de consolarla... Usted tuvo hambre y sed y yo tuve la suerte de poder traerle frutas y agua: todo lo que he podido encontrar! Le prometo además, que, para variar el menú, pescaré más tarde... Me confió usted que era una señorita seria y honesta de la mejor sociedad de Filadelfia y que su novio, alto empleado de la "Takurama Yatusako, Kimonos y Lacas Ltd.", la aguarda a usted en Yokoama, para contraer enlace. Y yo le contesté que no ignoraba mis deberes de caballero! He secundado todas sus ingenuas e ilusas tentativas para llamar la atención de supuestos navegantes, con gritos, silbidos y señales, agitando diversas prendas de ropa, que ¡ay!, nos arrebató el viento!

ELLA, (amonestándolo severamente). — ¡Por su criticable descuido! ¡Por su imprevisión!

EL, (confuso). — ¡Era tan frágil la caña que formaba el mástil de la improvisada bandera!

ELLA, (insiste con enojo). — ¡A cualquiera se le hubiese ocurrido mayor precaución!

EL. — Falta de experiencia de náufrago, señorita. ¡Estoy en mi primer naufragio!

ELLA. — ¡Lloro por mi camisa! ¡Era nada menos que de mi ajuar!

EL. — Desde el punto de vista filosófico, no participo de su sentimiento... Cuando mi camisa voló al mar — y lo hizo primero que la suya, como dándole el ejemplo — sentí inundada mi alma de una inmensa alegría! Me llené de optimismo y de esperanza. Recordé el hombre feliz, que no tenía camisa. ¡Qué jubiloso augurio! Le confieso que me asaltó la tentación — que contuve — de invitar a usted a despojarse de esa prenda fatídica! ¡El viento se adelantó a mi anhelo!

ELLA. — ¿Y si eso hería mis convicciones? ¡Parece que usted tuviera la intención de prescindir de mí!

EL. — ¡Al contrario! ¡Está usted en el primer término del orden del día! Por eso, volviendo a nuestra historia, recordará que subí, con usted, a la roca más elevada de la isla, me encaramé a una palmera y, con mucho trabajo y grave riesgo, eh? — porque aún no tengo nada de gimnasta o de acróbata — me puse — obedeciendo a sus instancias — a buscar barcos en el horizonte, deporte que no termina de entusiasmarme... Además, en el momento culminante de su desesperación, le prometí construir una balsa...

ELLA. — ¡Pero no ha cumplido tal promesa!

EL. — Exclusivamente por carencia de herramientas y material... Y agotadas esas tentativas, en la seguridad de nuestro aislamiento, nosotros podríamos...

ELLA, (demostrando inquietud, lo interrumpe). — ¡Qué! ¡?Qué pretende usted de mí?

EL. — Convencidos ambos de que aquí transcurrirá lo que nos resta de vida...

ELLA, (con ansia esperanzada). — ¿Qué me exige usted? Recuerde...

EL. — Constatado nuestro exilio del mundo...

ELLA, (no soportando más la tensión nerviosa). — ¿Qué quiere? ¡Basta de rodeos! ¡Hablará por fin!

EL, (mientras ella espera una revelación). — Que... que me dé... que me dé una manita.

ELLA, (desilusionada). — ¡Ah!

EL, (fingiendo no percatarse de su proceso psicológico). — Observe usted como me he ingeniado para fabricar un cuchillo con un arco de barril. Debo construirlos más anchos, de manera que, con uno de los cuales, si a usted no le resulta demasiado engorrosa la tarea, haremos una cueva.

ELLA, (eludiendo el plural). — ¿Hará una cueva?

EL, (como intentando hacerse perdonar la insignificancia). — Una cuevita...

ELLA. — ¡Una cueva! ¡Una caverna! ¡Horror! ¿Y piensa vivir en una cueva?!

EL. — Con usted... En su amable compañía...

ELLA. — ¿¡Conmigo!? ¿¡En mi compañía!? ¡Usted me ofende, caballero!

EL. — Le presento mis más amplias excusas, señorita y retiro la invitación. Es muy plausible ese propósito de defensa de su intimidad.

ELLA. — Celebro que lo comprenda. ¡Imagínese! Al ponerme la ropa de dormir...

EL. — Será esa — para su comodidad — una pasajera preocupación.

ELLA. — No tengo por que variar mis costumbres.

EL. — Me guardaré: muy bien de propender a ello... Pero... pero...

ELLA. — ¿Por qué?

EL. — El tiempo... el tiempo la hará desistir.. Como su guardarropa no consta más que de ese traje de baño, de lana y seda, de existencia tan precaria...

ELLA, (se mira, piensa, lo confirma). — ¡Horror!

EL, (intencionado). — A menos... que recurra a los trajes de Eva...

ELLA. — ¿Habrá por aquí higueras para fabricar los delantales de que habla la Biblia?

EL. — No es probable... En consecuencia, antes que crezca su cabellera lo suficiente para cubrirla y abrigarla, deben extinguirse unos cuantos inviernos.

ELLA. — ¡Uy! ¡Con lo friolenta que soy yo!

EL. — He leído que las cavernas son muy abrigadas.

ELLA, (transigente). — Vaya con sus originalidades... ¿Entonces hará una cueva? Supongo que la construirá con dos habitaciones.

EL. — Con una sola. Mi ciencia ingenieril no va más lejos.

ELLA, (tomando el asunto con espiritualidad). — ¿Colocaremos un biombo en el medio?

EL. — Haremos en el piso una raya con un hueso de pescado, al igual de Balzac, que dibujaba las alfombras en los pavimentos de su casa vacía.

ELLA. — Es usted tan erudito como práctico.

EL. — Noto en el giro de sus expresiones que comienza a ser razonable. Bien, mientras usted se industria en conseguir sacarle filo a mi rudimentario cuchillo... (Se lo alcanza)... que nos servirá, entre otros usos, para despedazar las tortugas...

ELLA, (interrumpe, sensible). — ¡Ay! ¡Pobres animalitos!

EL. — ...Yo buscaré una madera dura y una madera blanda, para, por frotamiento, como lo hacen aún los indígenas de Australasia, tratar de conseguirnos fuego.

ELLA. — ¡Fuego! ¿Fuego? ¿Y para qué fuego?

EL, (como consigo mismo). — ¡La conquista del fuego! ¡Qué hermoso es esto! Yo creo que olvida vertiginosamente la civilización. ¡Va a terminar por hacer una espléndida e impecable mujer primitiva! ¡Una salvaje auténtica!

ELLA, (irónica). — ¿Acaso intenta usted instalar calefacción central en la isla?

EL, (con el mismo tono). — Desayuno, almuerzo y cena calientes y té de las cinco, mi amable amiga.

ELLA, (alborozada). — Tendré donde calentarme las tenacillas para rizarme el pelo!

EL. — Entre tanto traeré ramas secas, hojas muelles, musgo y penachos de caña. Unas para alimentar el probable fuego y otras para que nos sirvan de blando lecho.

ELLA, (parece que fingidamente ofendida). — ¡¿De lecho ha dicho?!

EL, (apaciguándola). — Puede usted pluralizar... Pluralice, pluralice... Dos, dos lechos... Mi propósito es fabricar dos lechos... Luego, además — (con énfasis) — colocaremos una mesa de luz ancha, ancha, entre ambos!

ELLA, (tranquilizada). — ¡Ah! ¡Así, sí! ¡Así, sí!

EL, (cambiando de tono, con cierto enérgico aire de mando). — ¡Con que... manos a la obra! — Medio mutis, para agregar, mirándola. — ¡Por qué no habremos naufragado antes!

(Mutis).

ELLA, (procurando afilar el cuchillo en una piedra). — ¿Cómo se hará esto?... ¿Por qué no nos darían en la universidad lecciones de afiladoras? (Contempla el rudimentario utensilio) — Como quien juega con fuego... él me pone en las manos el arma! Quizá para conseguir el equilibrio entre mi debilidad y su fuerza... Pero no; no es esta mi fuerza. Lo txtraño es que a veces ni siquiera me mira! (Tras una pausa, en la que continúa afilando el cuchillo). ¡Qué hombre! Y aquí no valen recursos. ¡Si siquiera hubiese naufragado con dos! ¡Es en balde, nosotras sin los celos y la probabilidad de darles una cita y no concurrir a ella o el recurso de las cartitas o el teléfono, estamos perdidas! (Pausa). Además, a momentos, me resulta demasiado correcto, demasiado persona bien educada... Entre paréntesis, y exclusivamente para mí, fuerza es confesar que en lo que no hay duda es en que es, realmente, un buen mozo!

EL, (volviendo con un brazado de ramas y hierbas). — ¡El porvenir es nuestro!

ELLA, (curiosa, levanta la vista de su labor). — ¿Nuestro qué? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

EL. — Rectifico: el porvenir es suyo. Punto y aparte: el porvenir es mío. Evitemos confusiones y delimitemos situaciones.

ELLA, (sonriendo). — No hay que exagerar... ¿Qué sucede?

EL. — He percibido una bandada de patos hacia el lado oriental de la isla...

ELLA, (interrumpiéndolo). — Interesantísima la noticia!...

EL, (imperterrito). — ...He constatado que los palmípedos vuelven a su residencia y el corolario es que, aparte de carne de ave hasta nos podremos regalar con un colchón de plumas.

ELLA, (escandalizada). — ¡¡Uno!!

EL, (corrigiéndose, hace señas con los dedos). — Dos.

ELLA. — Ah, mejor. Así resultará más blando. Muy bien... Tengo que felicitarlo por sus aptitudes y su fertilidad de recursos.

EL. — Atribúyalo a mi instinto. Me están surgiendo inesperadas condiciones de Robinson Crusoe. ¡Las sorpresas que tendrán los que nos descubran! En invierno nos tejeremos vestidos con fibras vegetales. A usted le sentará muy bien un traje de hawaiana... Y en verano, en verano, como nadie nos ve...

ELLA, (interrumpiéndolo). — ¿Qué se le ocurre?

EL. — No encontraremos mejor oportunidad para practicar el nudismo.

ELLA. — ¡Le prohibo proponer esos proyectos inconvenientes!

EL. — Pero, señorita, eso está muy en moda.

ELLA. — Está en moda donde sobran los vestidos, no donde faltan.

EL. — Lo impondrán las circunstancias... Luego es un proyecto de futuro.

ELLA. — Yo me ruborizo por adelantado.

EL. — Ahórrese tal emoción ante un hecho improbable... Pero me temo que si no nos encuentran antes de tres semanas..

ELLA. — ¡Me ofende usted con esa suposición!

EL. — Perdone. Ofendería al traje de baño, al cual no puedo pronosticarle más larga existencia. Esa tan graciosa como elegante prenda de lujo, llevada y traída de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, no podrá soportar la ofensa del tiempo, para decirle poéticamente.

ELLA. — ¿Será posible? ¡Qué espanto! Menos mal que lo ha expresado en una forma tan delicada... ¡Me voy a entregar a la desesperación más extrema cuando llegue ese momento! Confío en su discreción y su reserva.

EL. — ¿Con su novio del Japón?

ELLA. — Espero que no me mirará.

EL. — ¡Tanto como eso! Señorita, piense que si se propone condenarme a la cegera, anula usted sus probabilidades de defensa. ¿Quién buscará — entonces — nuestra tortuga, nuestro coco y nuestra banana de todos los días?

ELLA. — ¡Ay! ¿Y entonces?

EL, (intencionado). — A menos que usted lo economice... Que lo reserve sólo para las visitas.

ELLA, (resuelta). — ¡Haga usted la cueva ligero!

EL. — O que cuando se le gaste, yo le preste mi traje... pues debe preservarse de que la intemperie atente contra su belleza.

ELLA, (halagada, pero súbitamente espantada de quedarse fea.—¡El aire salado! ¡El sol!

EL, (con entusiasmo). — ¡El sol la va a dorar como una fruta! Luego el vello suave, aterciopelado... ¡Los brazos, las piernas de bronce!...

ELLA. — ¡Caballero, cambiemos...

EL, (la interrumpe). — ¿De qué? ¿De traje?

ELLA. — No; de tema.

EL. — Gustosísimo. Continuaré mi búsqueda. Au revoir.

(Medio mutis).

ELLA. — ¡Cómo! ¿Me va a dejar sola? ¿Me abandona?

EL. — Comprenderá que es por unos instantes... Aquí — por desgracia, porque donde hay sorpresa y peligro, hay encanto — ...aquí no se corre riesgo alguno... No existen ni siquiera esos legendarios monos que raptan a las sabinas rubias.

ELLA, (coqueta). — ¿Cree usted?

EL. — ¿En qué, en los monos?

ELLA. — No. En que una mujer sola, así... podríamos decir desvalida, en una isla, no corra peligro?

EL. (con artificiosa indiferencia). — ¡Absolutamente!

ELLA. — Usted es un hombre joven.

EL. — Regular.

ELLA. — Luego la soledad... el estío... el perfume de las flores... el arrullo del mar!... Una no sabe... ¡Se ven cada cosas!

EL. — Sí, las precauciones nunca están de más...

ELLA. — Por lo cual... ¡confío que no me dejará usted tan abandonada!

EL. — Cuente conmigo.

ELLA. — ¡Es usted un perfecto caballero!

EL. — ¡Ay! ¡Lo sé! Pero confío olvidarme formal, y definitivamente de la civilización!

ELLA, (pregunta con fingida ansiedad). — ¿Tengo que asustarme?

EL. — En ese caso, me reclama... Ahora, si usted lo permite, continuaré en mis actividades de socio industrial de la firma... Hasta pronto.

(Hace mutis).

ELLA, (siempre cuchillo en mano, al verlo alejarse, lo saluda auspiciosa y graciosamente). — ¡Bye!... ¡Bye!...

TELON

CINE



CON LOS BRAZOS ABIERTOS

Cine METRO exhibe actualmente uno de sus grandes films titulado "Con los brazos abiertos". Actúan como figuras centrales — Spencer Tracy, — que ha obtenido nuevamente el primer premio de la Academia por su creación del padre Flanagan, secundado magníficamente por el pequeño gran actor Mickey Roony.



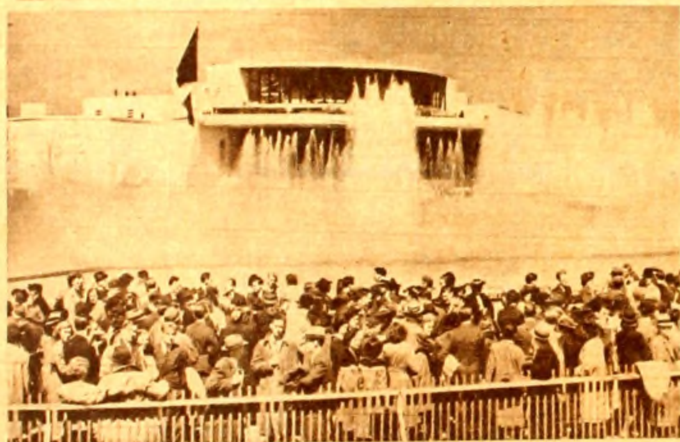
INFORMACION GRAFICA DEL EXTRANJERO



Cuerpo de ciclistas italianos haciendo un alto en la playa de Durazzo, en Albania, el día que Mussolini decidió "proteger" a esa nación. Adviértase al fondo uno de los trasportes fondeados.

Los reyes de Albania, fotografía tomada cuando las bodas que apadrinó el Conde Ciano. — La real pareja ha tenido que abandonar el reino, por decisión del padrino de la boda.





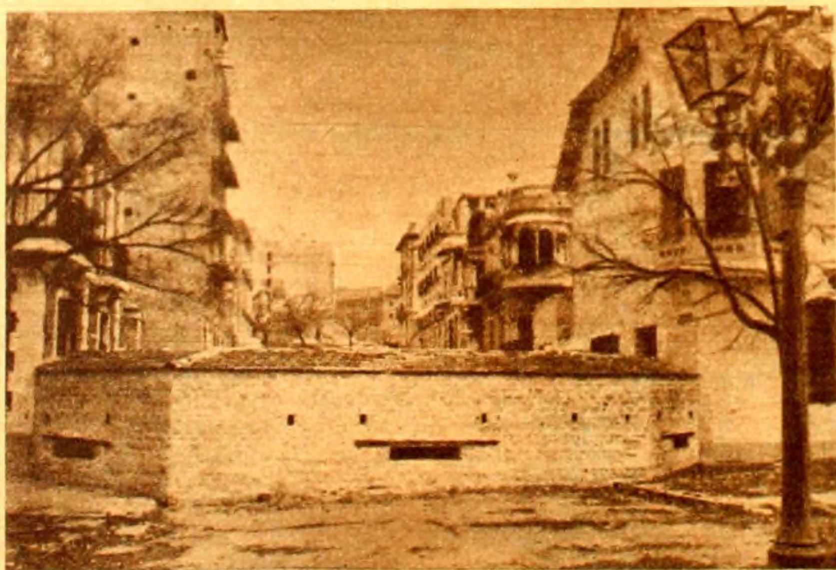
Multitud en el Lago de las Naciones, en la Exposición 1939, de Nueva York, al inaugurarse "El Mundo del Futuro". Millares de visitantes de casi todas las naciones de la tierra se han juntado para ver la más grande exposición mundial organizada hasta la fecha.



Las defensas construidas en las calles A los niños se les han procurado picos para que "jueguen" a demoler.



En conmemoración al Soldado Desconocido se construye en San Luis, EE. UU., un monumento, proyectado por Walter Hancock, de Nueva York, en el que figura una mujer llevando en brazos a un niño. En la lista de gastos figuran, para el bebe que sirvió de modelo, la suma de mil dólares, pero las autoridades encargadas del asunto han rechazado la erogación, aduciendo que mil dólares es "demasiado dinero" para un bebe de piedra.



Tipo de defensa construida en las calles de Madrid, por los republicanos, contra las cuales hubiera tenido que luchar Franco.



Andrea Maurel es una joven quiromántica que vive en D'Albi, y ha sido levada a París para ventilar algunos asuntillos que tiene con la justicia. Su arribo a París ha sido comentado en todos los tonos, constituyendo la sensación del momento, aun cuando no se nos alcanza la razón. Aparece en la nota en el local de un club que tienen en París los quirománticos y curanderos, asociación curiosa si las hay, y rodean a la joven, que no parece muy afligida por su vecindad con la justicia, su abogado M. Duran, el presidente de la asociación de quirománticos M. Paven de Montourcy, y Leo Poldes, y un paciente.

Tarzan

por

EDGAR RICE BURROUGHS

"CONDENA DE TARZÁN"













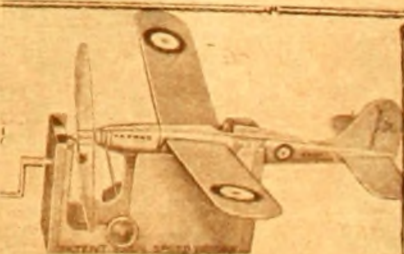












"PUBLICIDAD"

Casa Soler

SECCION HOMBRES
PRENDAS de ABRIGO
PARA EL HOGAR



SACO FOUMOIR EN MOUFLON Y ADORNOS DE ASTRAKAN $ 8.50



SACO FOUMOIR CUELLO CERRADO EN PAÑO LANA Y CORDON $ 5.80



SACO FOUMOIR FANTASIA DE GRAN MODA EN LANA PEINADA $ 9.80



SACO FOUMOIR EN LANA PEINADA DE GRAN ABRIGO $ 8.00



SACO FOUMOIR MODELO CRUZADO EN PAÑOS COMBINADOS $ 10.80



ROBE DE CHAMBRE EN MOUFLON DE LANA CON ADORNOS $ 9.50



PYJAMAS DE FRANELA A BASTONES CON PANTALON A LA AMERICANA $ 4.60



SACO FOUMOIR EN PAÑO DE LANA CON CORDONES DE SEDA $ 5.80



PYJAMAS DE FRANELA AZARGADA CON PRETINA ELASTICA Y BOLSILLOS. $ 4.30





ROBE DE CHAMBRE EN KASHA DE PURA LANA $ 6.20

TRAJE DE CASA EN PURA LANA CON PRETINA ELASTICA $ 7.90

En nuestras tres casas

SUCURSAL GOES
Av. Gral FLORES 2341-47
Esq. M BERTHELOT

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
Esq. M. SOSA

SUCURSAL GOES
Av. Gral FLORES 2341-47
Esq. M. BERTHELOT



CAMISONES DE FUERTE MADAPOLAN RIBETEADO $ 1.90



CAMISONES DE FRANELA BLANCA CON VIVOS DE SEDA $ 2.80

CLIENTES DEL INTERIOR
EFECTUEN SUS COMPRAS CONTRA REEMBOLSO